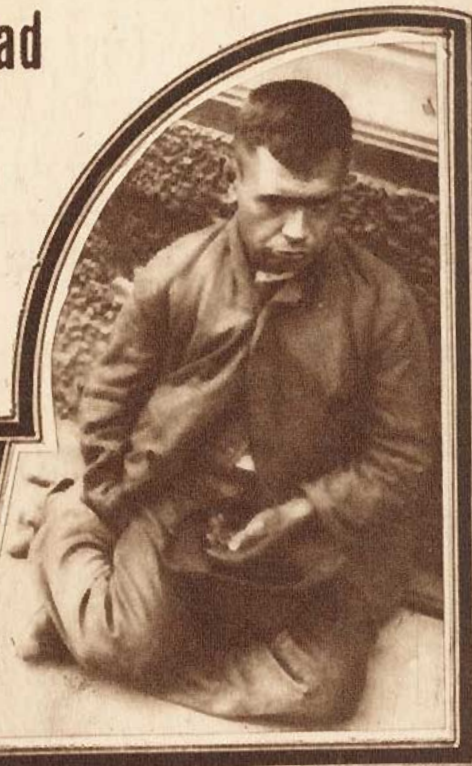


Organización de la Mendicidad

Nacida de la iniciativa particular es la bella misión de organizar la caridad en esta capital. Y esa iniciativa llega en la más triste de las horas del país, cuando la crisis general agobia todos los hogares. Siempre la mendicidad, sea aquella que se practica en la calle o la que se ejerce privadamente, ha sido una institución.



La miseria de lentos y desventurados días se refleja en su cara. Cuando tiende la mano en demanda de una moneda, su cuerpo se agita en un nervioso temblor y de sus labios no alcanza a brotar una clara palabra.

nacional, por decirlo así. El desangramiento económico del país ha traído el recrudecimiento más alarmante y casi irremediable de la mendicidad.

De ahí que la cruzada para aliviar en algo siquiera este intenso, este grave problema en las ciudades llegue en instante oportuno. Dos diarios de la capital, han abierto sus columnas para hacer, que la semilla fecunde en todos los corazones bien puestos, para que los hogares que no pueden dar dinero, se desprendan de ropas y alimentos. Varios miles de pesos han llegado a los diarios en referencia y se espera que en pocas semanas más, con los fondos acumulados, se pueda proceder a au-



Viven en una eterna noche y por calles y plazas de la ciudad van repartiendo la melancólica queja de unas canciones envejecidas y pobres.



Es el niño ciego que únicamente con el corazón ve a la mano generosa que suele protegerle, cuando él ya ha repetido centenares de veces: "Una limosnista por amor a Dios"...

Desde las primeras horas de la mañana hasta que la sombra y el frío nocturnos la corre hacia quién sabe qué sitio.



En una situación difícil como la presente, más negra tiene que hacerse la impresión de ella si por todas partes, calles, plazas, jardines públicos, etc., no se ve otra cosa que infortunados que tienden la mano en demanda de una limosna. Es obra de im-

Sobre sus hombros pesa una larga vida de infortunio. Ahora ya es difícil el caminar, como en los días de la juventud. Hay que estarse todas las horas en un rincón, tendida a la mano y siempre temerosa la palabra entre los labios...

Es el vagabundo. No tiene otro hogar que el rincón de algún parque, por ejemplo, cuando comienzan a titilar arriba las estrellas.

Sabe que a la puerta de los templos la caridad puede ser más amplia. Y sonríe al pedir su limosna, lleno el corazón de confianza.

Las autoridades de la capital tienen ya trazado su plan para distribuir el socorro salvador en forma prudente y equitativa y varias instituciones de carácter particular, en la actualidad, se han echado sobre sus hombros esa inmensa y bienhechora tarea de formar las encuestas sociales.

Se ha dado el primer paso en la organización de la mendicidad. Y es de esperar que estos pasos iniciales den el fruto apetecido en breve tiempo. En realidad, ahora los mendigos estaban dando por nuestras calles una visión demasiado dolorosa del abandono más absoluto y ya se hacía necesario mirar hacia ellos, ampararlos, buscarles un alivio a su miseria inverosímil.

prescindible obligación dar ayuda a todos estos seres que la necesitan de manera imperiosa. Y esta obra ya ha comenzado y dentro de poco empezará a demostrar sus enormes beneficios.

En los ojos de los innumerables mendigos que pueblan nuestras calles se advierte una luz de esperanza.

La canción que la ciudad tiene olvidada, ellos la resucitan y nunca falta, de entre el grupo de curiosos que escucha a los infelices músicos, una mano que entrega, apresurada, una moneda.

A sus pies, un canasto con fruta; pero no es segura la venta. Y el niño está entre sus brazos, tiene hambre muchas veces.